

EL DIOS IMPOTENTE: LA (IN)HUMANIDAD DE TRUJILLO EN *LA FIESTA DEL CHIVO*

Gonzalo Portocarrero

Es claro que *La Fiesta del Chivo* se sitúa en el camino de la literatura rebelión. Se da cuenta de una realidad significativa y recurrente en la historia de América Latina. La dictadura patrimonialista y corrupta que gobierna, invocando un simulacro de interés nacional, pero que en realidad está al servicio del amo y sus goces. Régimen muy cercano a lo que Max Weber llamaba sultanismo, donde la única ley es precisamente el deseo del soberano. Como es sabido, el tema de la dictadura ha sido tratado en múltiples oportunidades en la literatura latinoamericana. También en las ciencias sociales. Pero pese a la existencia de textos verdaderamente canónicos, el tema conserva plena actualidad. El gobierno Fujimori-Montesinos es en este sentido una prueba reciente y dolorosa. La novela sobre la dictadura no es pues una obsesión exotista, ni una tradición apagada. Precisamente, *La Fiesta del Chivo* renueva el género presentando una situación peculiar: la República Dominicana durante la era de Trujillo. Pero mucho de lo que ahí se dice sirve para entender otras situaciones y otros presentes. En todo caso, una de las misiones del género debe ser advertirnos de aquello que en nuestras culturas y sociedades produce esa figura del mal que es el dictador corrupto. En realidad la guerra contra el mal no cesa. Y en América Latina la construcción de simulacros que justifican liderazgos exaltados y mesiánicos está aún a la orden del día.

Pero el género está tan consagrado que el riesgo de una nueva novela es caer en el reciclaje de estereotipos, en el moralismo de deshumanizar al dictador y caricaturizar las circunstancias, a la manera de una fábula donde sabemos demasiado bien todo lo

que está por ocurrir. Lo importante es que Vargas Llosa evade el riesgo y elabora un relato-mundo donde la (in)humanidad de Trujillo está allí, palpitante. Cualquiera de nosotros podría ser como él. En realidad, Trujillo desea verse como un hombre providencial para quien todo está permitido. Alguien por encima. Pero la novela plantea que es ese mismo delirio de escapar de su humanidad lo que lleva a Trujillo a la (auto)destrucción. En esta intuición de que el amo se destruye desde dentro hay una verdad profunda y esa es la tesis que sostendré en la presente comunicación.

Como se sabe *La Fiesta del Chivo* se desarrolla en dos épocas distintas. Los últimos meses de la dictadura de Trujillo y un presente que se sitúa en 1996, treinta y cinco años después, cuando Urania Cabral, la coprotagonista de la novela, regresa a la República Dominicana, en el intento por comprender el trauma que a los catorce años casi la destruyó. Además, se hilvanan en la novela tres mundos que se van entretejiendo paulatinamente. Primero el régimen y sus allegados, el funcionamiento de la dictadura. Segundo, la formación del complot que terminaría en el asesinato del dictador. Y, tercero, la relación de Urania con su familia, después de un largo y silencioso autoexilio. La alternancia de tiempos y mundos es uno de los aspectos más logrados de la novela. La maestría del autor es patente en la manera en que dosifica estos intercambios, construyendo una intriga cautivante de la que resulta imposible sustraerse.

La figura de Trujillo es compleja, pero la novela nos ofrece varias pistas para comprenderla. Su origen modesto, mulato y pobre, le produce a Trujillo un horror que cualquier distancia no le resulta suficiente para ponerse a salvo. Su ascendencia negrohaitiana es una mancha que tratará siempre de lavar. Esta es la primera pista. No obstante, lo realmente peculiar en Trujillo es su disciplina y capacidad de trabajo, pues es organizado y metódico de manera que mantiene un control estrecho sobre las personas y situaciones. Todo ello es exótico en su país y se lo debe por entero a los marines de Estados Unidos. A la enseñanza que él, expectante, absorbiera cuando se enroló en las filas de la

policía creada por los ocupantes norteamericanos. Lo curioso, sin embargo, es que la severidad de esta formación no desalojara lo peor de la cultura machista, latina y caribeña. Más bien, la capacitación recibida le permite realizar las perversiones típicas de su mundo social. Trujillo aparece como una criatura híbrida y paradójica: autocontrolado y desbordado, racional y caprichoso. Un puritano tropical, un hombre con método pero sin culpa. Pero, ante todo, alguien que ha escogido el camino del mal, que no duda en usar o destruir a los otros si ello puede servirle para incrementar sus goces.

Lacan dice que el cínico cree solamente en su goce. Está siempre a la búsqueda de excitaciones y siempre quiere más. Las palabras y compromisos nada le significan de modo que no hay frenos morales en su actuar. Ahora bien, las fantasías excitantes con las que el cínico quiere remunerarse no son estrictamente suyas, personales. En realidad son estereotipos, los ecos de las voces que lo inducen a imaginar el placer como desborde y omnipotencia. Algunos de estos estereotipos corresponden a la cultura machista latinoamericana. Pero el más importante trasciende estos marcos. En realidad, Trujillo se abandona a la idea de ser omnipotente, de ser alguien predestinado, a quien la vida no debería negarle nada. Trata de pensar que ha hecho grandes obras y que lo merece todo.

Es sabido que la fantasía de omnipotencia está anclada en las experiencias tempranas de satisfacción total de nuestras demandas. Es el caso del bebé que acaba de lactar y que mira extasiado a su madre. No puede pedir más. Luego la vida nos puede dar ocasiones así, pocas o muchas. Pero, y he aquí lo importante, una cosa es una experiencia que pasa como un viento cálido y otra muy diferente es aferrarse a la exigencia de ser siempre complacido.

Ahora bien, esta exigencia sería un delirio en un mundo democrático donde todos son conscientes de sus derechos. Para ser realizada esta exigencia requiere de un mundo social que esté a la búsqueda de amos supremos. Y cuando estos amos no reparan en nada para lograr la realización de sus deseos, tenemos la presencia del mal y de sus frutos: satisfacciones que suponen violentar

a los otros y que terminan destruyendo la capacidad de amar. Produciendo el envilecimiento de la sociedad y de las personas; la proliferación del mal. En el caso de Trujillo el origen de este ungimiento como amo supremo está en el deseo de los otros. En los siervos que reclaman a su señor. Y ese servilismo acaba de trastornar a Trujillo. Se crea entonces un simulacro, una mentira o fachada que todos pretenden creer y que, finalmente, permite la legitimación del goce desenfrenado del dictador. El simulacro es una lección que todos deben repetir. Y es el hombre más frío, calculador y ambicioso de su séquito, el que le da forma. La cristalización del simulacro, su oficialización como verdad indiscutible, se produce con el discurso de Joaquín Balaguer en el momento en que este es incorporado a la Academia de la Lengua. El nombre del texto lo dice ya casi todo: «Dios y Trujillo: una interpretación realista».

Enterarse de los designios de Dios por boca de Balaguer despierta dudas en Trujillo. Pero, finalmente, aunque quien lo enuncia sea el más oscuro de sus sirvientes, Trujillo asume el aserto. En realidad Balaguer quiere ser el heredero del dictador, y juega para ello a ser el incondicional e indispensable.

«—Muchas veces he pensado en esa teoría suya doctor Balaguer —confesó—. ¿Fue una decisión divina? ¿Por qué yo? ¿Por qué a mí?»

El doctor Balaguer se mojó los labios con la punta de la lengua, antes de responder:

—Las decisiones de la divinidad son ineluctables —dijo con unción—. Debieron tenerse en cuenta sus condiciones excepcionales de liderazgo, de capacidad de trabajo, y sobre todo su amor por este país.»

Trujillo parece totalmente ganado por el cinismo y el mal. Pero en realidad Vargas Llosa advierte que el cínico es una figura inhumana, una suerte de límite imposible de alcanzar, una caricatura. No todo es cálculo y perversión. Trujillo tiene algunos afectos. En primer lugar sus hijos: Ramfis, Radamés y Angelita. Y luego alguno de sus allegados. Sobre todo, Manuel Alfonso su embajador en Washington, hombre de mun-

do, persona en quien confía su imagen personal, la ropa que usa, los modales que gasta. Pero su gran amor es su madre, Mamá Julia, exaltada por su régimen a la condición de Santa o Excelsa Patrona. Sin ser totalmente cínico Trujillo es, sin embargo, un hombre solo, preocupado casi exclusivamente de su imperio y de sus goces.

¿Pero cuáles son los goces de Trujillo? Muchos de ellos se inscriben en la cultura machista, latina y caribeña. Humillar a sus colaboradores más cercanos. Acostarse con sus mujeres y presumir públicamente de hacerlo. De otro lado saquear los dineros públicos, haciendo del Estado Dominicano parte de su patrimonio personal. Expropiar a sus allegados. Acumular riquezas. También presumir de una potencia e hipersexualidad desbordantes, romper «coñitos vírgenes». Y estos goces son perversos no solo por que implican destruir a los demás sino por que son buscados en la perspectiva de llegar a la felicidad tal como es definida por el medio social. Pero esta definición se compone de promesas estereotipadas y engañosas que resultan de una cultura machista y trasgresora, fijada en los valores de la adolescencia o juventud temprana, en el mito de que para lograr la felicidad hay que aventurarse a ser el único, a tener todo, el sexo, el poder, el dinero. A ser el bacán que organiza el goce de todos.

Los colaboradores inmediatos de Trujillo son cuatro. Joaquín Balaguer, el hombre que aparenta no tener ambiciones, de una incondicionalidad sin fisuras, inteligente y trabajador. Henry Chirinos, el «constitucionalista beodo» o «inmundicia viviente», la persona sin escrúpulos que facilita a Trujillo la gestión de la mascarada legal que su régimen no puede descuidar. Johnny Abbes García es el jefe de la policía secreta, frío y calculador, piensa que no puede ir más lejos de donde está, de manera que juega a ser leal a su amo. Finalmente está «Cerebritito Cabral», que junto con Chirinos y Balaguer son los prohombres del régimen, los ideólogos y políticos que dan los discursos, que escriben las leyes y

organizan el simulacro que permite el imperio del «Benefactor». Pero Cerebrito es diferente porque él sí ama a Trujillo. Es un amor filial, idéntico al que puede tener un niño por un idealizado padre. Toda su autoestima depende de la palabra de Trujillo, su fidelidad es «perruna», ilimitada. Junto con sus colegas, Cerebrito va rotando en los cargos más importantes del Gobierno; tan pronto es ministro como presidente del Senado. Hombre de entera confianza. Talentoso y trabajador. No roba y cree sincera-mente que la obra de Trujillo tiene un significado civilizador. Ser uno de los escogidos del «Benefactor» colma su vida.

Cerebrito es padre de Urania Cabral. La coprotagonista de *La Fiesta del Chivo*. Huérfana de madre, Uranita es una muchacha de catorce años, seria y estudiosa, pero que no entiende mucho el mundo que la rodea. Su ignorancia la protege del mal que la circunda. Total, tiene una confianza plena en la bondad de su padre, en el amor que le prodiga. Su juventud se despunta en la felicidad de su casa, el colegio y la familia. No sabe lo que le aguarda.

Estamos en 1961. Después de treinta años el régimen hace agua. Su violencia no lo salva. El problema viene sobre todo por la oposición de la Iglesia católica. En una carta pastoral de principios de 1960, los obispos rompen con el régimen. Desde ese momento Trujillo vacila entre el enfrentamiento y las gestiones por restablecer el apoyo de la Iglesia. En el nivel internacional la situación es aún más delicada. El Gobierno americano, avergonzado de los excesos de su ex aliado, mantiene al régimen en jaque, presionando por la democratización, dejando entrever la posibilidad de una invasión militar. Para completar el panorama, la salud de Trujillo está deteriorada, lo aflige una enfermedad a la próstata que la vive con mucha humillación pues con frecuencia pierde orina y la mancha en sus pantalones lo saca de quicio.

En medio de este contexto tan complicado, Trujillo decide liquidar a Cerebrito. Lo despoja de sus puestos y lo aleja de su entorno. La caída en desgracia coge por sorpresa al padre de Urania. Conforme se le cierran las puertas, la incredulidad inicial va convirtiéndose en postración y amargura. Cerebrito

está deprimido. ¿Por qué Trujillo se ha desecho de su colaborador más incondicional? ¿Por qué esta suerte de filicidio? Nadie lo sabe. Las suposiciones que Cerebrito escucha no tienen fundamento. Él es inocente, no se merece la excomunión. No entiende lo que sucede y está desesperado. El mismo Trujillo no termina de comprender las razones de su decisión. Cuando le comentan que su ex colaborador está al borde del suicidio, reflexiona: «¿Habría sido una ligereza someter a un eficiente servidor como Cabral a una prueba así en estos momentos difíciles para el régimen? Tal vez». Ahora bien, cuando en una acción no hay un sentido o propósito deliberado debe presumirse la existencia de una causa, de un motivo inconsciente. Muchas veces el inconsciente se impone y las personas terminamos haciendo lo que no queremos, aquello que no nos conviene. En realidad la liquidación de Cerebrito perjudica a Trujillo. Su entusiasmo sincero, su buena imagen, su capacidad de convencer. Todo ello se perdía. ¿Simplemente por el capricho de poner a prueba a su colaborador más leal?

La hipótesis que quisiera proponer es que Trujillo comienza a perder fe en su simulacro. Él mismo, sin quererlo conscientemente, acelera la descomposición de su régimen. Para empezar, su cuerpo, a través de su enfermedad, le dice que no es cierto que sea un predestinado. Además la Iglesia lo repudia. Entonces va desmoronándose su autoengaño y la inocencia que este le permite entretener. Se abre paso una visión inquietante de sí mismo. Freud decía que el sentimiento de culpa emerge en el ánimo como una necesidad de castigo. Es decir, como un sentirse manchado que reclama una purificación expiadora. Como es evidente que destruir a Cerebrito es perjudicarse a sí mismo, se podría llegar a la conclusión de que el simulacro de Trujillo se está viniendo abajo y que esta pérdida de fe en su omnipotencia lo humaniza, es decir lo somete a la ley y a la culpa. El filicidio cometido contra Cerebrito sería una penitencia destinada a contener su sentimiento de culpabilidad.

Pero la situación no queda allí. En una de las escenas más memorables de la novela, Manuel Alfonso, el hombre que provee

de mujeres al «Padre de la Patria», le propone a Cerebritito que entregue a Urania, su hija adorada, como presente a Trujillo para así hacerle saber de su amor y fidelidad. En un inicio a Cerebritito la idea le parece ofensiva y descabellada. Pero la persuasión de Manuel Alfonso y su deseo de recuperar a Trujillo lo hacen ceder.

El encuentro entre Trujillo y Urania es el punto culminante de la novela. La inocente joven es recibida con excitación y zalamería por el viejo dictador. «Buenas noches, belleza —susurró, inclinándose. Y le estiró su mano libre, pero, cuando Urania en un movimiento automático le alargó la suya, en vez de estre-chársela Trujillo se la llevó a los labios y la besó—: Bienvenida a la Casa de Caoba, belleza». Pero las cosas no marchan como se esperaba. La excitación de Trujillo no llega a convertirse en una erección suficiente como para desflorar a Urania. Entonces hierva de furia. «Basta de jugar a la muertita, belleza —lo oyó ordenar transformado—. De rodillas. Entre mis piernas. Así. Lo coges con tus manitas y a la boca. Y lo chupas, como te chupé el coñito. Hasta que despierte. Ay de ti si no se despierta, belleza». Finalmente usa el dedo para desvirgarla. Pero Trujillo está colérico. La mira con odio. Su imagen de «macho cabal» había quedado mermada.

¿Por qué no logra Trujillo la erección esperada? ¿Por qué la figura de Urania lo persigue como mal presagio? Las respuestas a estas preguntas son claves para fundamentar la hipótesis del tardío encuentro de Trujillo con su humanidad, con la verdad encerrada en sus mentiras. Slavoj Žižek nos da una pista fundamental para entender el episodio.

«Déjenme retomar mi propia descripción de la paradoja de la erección: la erección depende enteramente de mí, de mi mente (como dice el chiste: ¿Cuál es el objeto más ligero en el mundo? El pene porque es el único que puede ser levantado por un mero pensamiento). Pero, al mismo tiempo es aquello sobre lo cual finalmente yo no tengo ningún control (si no estoy en la disposición correcta, ninguna cantidad de poder de voluntad lo logrará —esta es la razón— porque, para San Agustín, el hecho

de que la erección escape de mi voluntad es el castigo divino por la arrogancia del hombre, por su deseo de ser el amo del universo). Para ponerlo en términos de la crítica de Adorno, de la mercantilización y la racionalización: la erección es uno de los últimos restos de la espontaneidad auténtica. Algo que no puede ser totalmente manejado a través de los procedimientos racionales instrumentales.»

El cuerpo de Trujillo se rebela contra su voluntad. De pronto se encuentra desarmado frente a ese «coñito virgen». No puede saborear el exquisito platillo, no puede darse ese gusto tan codiciado. ¿Por qué? La respuesta remite otra vez a razones inconscientes. Su impotencia es parte del desmoronamiento del simulacro. Hay algo en Trujillo que no colabora en la violación de la hija del más amante de sus seguidores. Su cuerpo desaprueba lo que quiere su mente. Aquí está nuevamente la culpa que emerge con el hundimiento de su autoengaño. La intuición de su impostura. En definitiva no es el enviado de Dios a quien todo le está permitido.

En las próximas semanas la figura de Urania persigue a Trujillo. No puede desprenderse de ella. De ese «esqueletito» que era sin duda un pésimo presagio. «La muchachita esqueleto le trajo mala suerte». Es ahí donde concibe la posibilidad de regresar a la Casa de Caoba, esta vez con una mujer. Pero justamente es en esos instantes cuando se encuentra con la muerte, cuando finalmente tiene éxito una de las conjuras para asesinarlo. La impotencia de Trujillo es el reencuentro con su humanidad rechazada en nombre de su endiosamiento.

Mientras tanto Urania huye de la Casa de Caoba. Pero no regresa con su padre sino que se va a vivir con las «sisters» de su colegio que pronto le dan una beca y la envían a Estados Unidos, donde a partir de su trabajo se convertirá en una profesional competente y exitosa. No obstante, nunca podrá superar el trauma de su violación, ni podrá tampoco tener relaciones con otros hombres. Seguro no tanto por la brutalidad de Trujillo sino por la traición del padre. Eso de haber sido un regalo cedido por el hombre a quien más quería en el mundo es algo que no puede

superar. Su capacidad de confiar y entregarse quedó liquidada para siempre esa noche. Urania vuelve a República Dominicana treinta y cinco años después. Su padre sobrevive penosamente a un ataque cerebral. Es un muerto en vida que se mantiene gracias a una pensión que le envía su hija. El reencuentro con el padre es un acercamiento —y quizá hasta un perdón— pues en algún momento hasta le da de comer en la boca. Pero, en cualquier forma, no hay comunicación.

La Fiesta del Chivo significa para mí el regreso de Vargas Llosa a la gran literatura; ese arte rebelión que explora los escondrijos de la vida humana. El autor logra dar rostro humano al monstruo. Transgrede los estereotipos con sus intuiciones. Crea un mundo convincente, poblado de personajes verdaderos, hasta en su (in) humanidad profundamente humanos.

Creo que este éxito se contrasta con las limitaciones de novelas como la *Historia de Mayta* o, peor aún, *Lituma en los Andes*. En estos relatos, Vargas Llosa se muestra incapaz de dar rostro humano a los fanáticos. Así, en *Lituma en los Andes* los senderistas aparecen como simples robots de carne... Y el desierto es horrible, pues de alguna manera se filtra también en el informe de la Comisión de Uchuraccay y en el cerrar los ojos frente a la guerra sucia. Si Vargas Llosa hubiera repetido *Lituma en los Andes* en *La Fiesta del Chivo*, Trujillo hubiera sido presentado como un cínico total. Sin afectos, ni culpas, solo pendiente de su propio goce.

La dificultad para humanizar al fanático tiene que ver con las fobias de Vargas Llosa. En todo caso se trata de un límite a ser trascendido. En realidad el cínico y el fanático comparten mucho más de lo que se podría pensar. En el fondo del cínico palpita un fanático, una persona sobre identificada con un rol, con una misión clara en la vida, en realidad con un delirio. Y viceversa, pues en el fondo del fanático se encuentra siempre un cínico, alguien que se cree autorizado a tener todos los goces. La

proximidad entre Vladimiro Montesinos y Abimael Guzmán da cuenta de la realidad de esta paradoja.

Quisiera terminar señalando mi admiración por Vargas Llosa y mi deseo porque termine de reintegrarse a su país. Reconociendo sus desaciertos, recibiendo el tributo de admiración que ciertamente se merece y que todos quisiéramos brindarle a plenitud.

* * *

Gonzalo Portocarrero (Lima, 1949) estudió sociología en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos y se doctoró en la misma especialidad por la Universidad de Essex, en Inglaterra. Ha sido profesor visitante en Inglaterra, Colombia y Estados Unidos, y actualmente enseña en la Pontificia Universidad Católica del Perú. Es autor de los libros *Racismo y mestizaje y otros ensayos* (1993), *Razones de sangre. Aproximaciones a la violencia política* y *Los rostros criollos del mal* (2003).